

**GIUSEPPE
SERGI**

La idea de
Edad Media

GIUSEPPE SERGI

La idea de
Edad Media

Entre el sentido común
y la práctica historiográfica

Traducción española y nota preliminar
de Pascual Tamburri

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2000
Primera edición en esta nueva presentación: octubre de 2017

La idea de Edad Media
Giuseppe Sergi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *L'idea di Medioevo*

© Giuseppe Sergi
© 1998, Donzelli Editore por la edición original.
© de la traducción y nota preliminar, Pascual Tamburri, 2000
© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-73-8
Depósito legal: B. 5879 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España

Índice

Nota a la edición española.	7
Presentación de la primera edición italiana	15
1. El problema	17
2. Edad Media: definición y límites cronológicos. . .	25
3. Formación y desarrollo de un concepto historiográfico	31
4. Siglos ni sólo germánicos ni sólo romanos.	43
5. La ecuación Edad Media-feudalismo.	51
6. La Edad Media como infancia de Europa	61
7. Los siglos de la presunta economía «cerrada» y «natural»	77
8. La Edad Media «cristiana»	93
9. El movimiento comunal, entre mito y realidad. . .	109
10. La imagen sombría de la Edad Media que termina	121
11. La edad de la experimentación	127
Bibliografía esencial	135
Índice onomástico	137

LA «EDAD MEDIA» ES una convención cronológica que ha ido consolidándose en la cultura común de la Edad Moderna y Contemporánea. Tiene su origen en las reflexiones de los humanistas de los siglos xv y xvi, animados por la esperanza de una nueva era de renacimiento cultural y de recuperación general.

La tendencia de aquellos intelectuales a dar una imagen «oscura» de toda la Edad Media (de la caída del Imperio romano hasta al menos el siglo xiv) es comprensible recordando precisamente la dureza de los años de los que acababan de salir. La mente humana tiene una natural tendencia hacia la perspectiva. Al mirar el pasado ve en primer lugar lo más cercano, después el pasado reciente, e imagina espontáneamente todos los siglos anteriores parecidos a ese pasado reciente, pero no es seguro que sea así: a menudo, el pasado más lejano ha sido mejor que el pasado próximo. La fama negativa de la Edad Media depende mucho de esta deformación, y mucho también de la «cri-

sis» del siglo XIV: fue arbitrario para los humanistas, como es arbitrario hoy, imaginar los siglos del VIII al XIII parecidos en todo al escenario apocalíptico determinado por las pestes y las hambrunas del siglo XIV.

Profundizaremos enseguida en los orígenes de la terminología relativa a la «edad de medio», y en cómo el concepto de Edad Media se ha desarrollado desde su nacimiento hasta hoy. Pero es preciso partir de la idea actual de Edad Media, en concreto de la Edad Media tópica, tal y como la hallamos en la cultura común, tanto en la alta cultura de los manuales y la divulgación como en la inferior del periodismo y el lenguaje corriente. La ya mencionada deformación de perspectiva en relación con el pasado actúa con fuerza para generar ese tópico. Al imaginar el desarrollo del pasado como un *continuum* sin cambios de rumbo, la cultura común hace de la Edad Media el ámbito de origen y de proveniencia de las formas de vida social más extrañas a la contemporaneidad. Si, por ejemplo, entre finales de la Edad Media y la primera Edad Moderna la alimentación campesina consistía esencialmente en papillas de cereales, se imagina lo mismo para la alta Edad Media, cuando en cambio había mucha más carne en las mesas de las aldeas. Si con la revolución industrial se consolida un modelo de familia más amplia y patriarcal, se supone que los orígenes de tal modelo han de estar en la Edad Media, cuando en cambio prevalecía la familia nuclear, o conyugal, mucho más parecida a la de hoy.

Un gran ejemplo de esta deformación de perspectiva del pasado es el concepto, hoy desgastado por el

uso, de feudalismo. La abstracción «feudalismo» es un término ambiguo que no pertenece al léxico medieval y se acuña sólo en la Edad Moderna. En el siglo XVIII, los burgueses revolucionarios definían de modo despectivo el feudalismo como un «residuo medieval». Desde su punto de vista importaba poco que el feudalismo que ellos constataban no fuese el «clásico» (vasallático-beneficial) más típicamente medieval (carente de jerarquía piramidal, sin delegaciones de poder vinculadas a la investidura), sino que hubiese nacido en cambio de impulsos posteriores, ajenos a la disolución del Imperio carolingio y más bien ligados a la nueva Europa de los estados nacionales. Los hombres de la Ilustración juzgaban, precisamente, según cierta perspectiva: criticaban un modelo social observándolo en la «versión» vivida personalmente por ellos, proyectaban hacia atrás el punto de llegada de un proceso, suponiéndolo idéntico al punto de salida. No sorprende que esta misma visión haya sido utilizada también después, hasta nuestros días, en una secuencia de preguntas y respuestas instintivas: «¿Qué es el sistema feudal? El derribado por la Revolución francesa. ¿Y cómo era el feudalismo derribado entonces? Un residuo medieval. ¿Y cuál era la característica de la Edad Media? Haber producido la organización feudal del poder. ¿Y cómo era esa organización feudal del poder? Parecida al sistema feudal aún vivo en el siglo XVIII». Con este razonamiento circular y tautológico la historia se hace estática, se borran los siglos VIII-XII, los más típicos de las instituciones feudales, y, lo que es más importante, se inventa un feudalismo

originario profundamente distinto del que realmente existió.

Se puede objetar que la historia medieval no tiene la exclusiva de la terminología feudal. Sin embargo, la Edad Media es el período que marca el nacimiento de la palabra y el concepto de «feudo»; y no es correcto que precisamente esta concepción altomedieval se presente, en las escuelas y en la cultura común, de modo muy diferente a como fue en realidad. No es correcto que la acepción original quede contaminada (y por lo tanto prácticamente oculta) por las posteriores. No es correcto que se apliquen a la Edad Media categorías válidas para los siglos siguientes. La sugerencia al respecto de un gran discípulo de Marc Bloch, Robert Boutruche, es clara e imperativa: «testarudamente tenemos por seguro que sin contrato vasallático, sin feudo, sin una organización social y política fundada en vínculos privados de naturaleza particular, no hay régimen feudal. Hay que depurarlo del lenguaje pretencioso que lo envuelve [...] y, después de haberlo devuelto a su ambiente, mirarlo con los ojos de sus contemporáneos».

Sin embargo, es una sugerencia que sigue siendo tenida en cuenta sólo por los especialistas, porque nuestra cultura de masas parece que no tiene necesidad de la Edad Media como realmente fue, sino de una Edad Media inventada: la que se ha consolidado a través de los siglos en el imaginario colectivo. En nuestros días la Edad Media funciona como un «otro lugar» (negativo o positivo), o como una «premisa». En el «otro lugar» negativo hay pobreza, hambre, peste, desorden

político, abusos de los latifundistas contra los campesinos, supersticiones del pueblo y corrupción del clero. En el «otro lugar» positivo hay torneos, la vida de corte, elfos y hadas, caballeros fieles y príncipes magnánimos. Pero también es discutible el uso de la Edad Media como premisa genérica (de diversidad, o de preparación) de los siglos posteriores al xv, y de aspectos como el capitalismo, el Estado moderno, el ascenso de la burguesía, las nuevas formas asociativas; y sin embargo esta es una práctica todavía muy usual, también en la enseñanza, donde sigue funcionando como contenedor de presuntas características superficialmente acentuadas para ilustrar mejor lo que sucede después.

También a la instrumentalización de la Edad Media como «premisa» hay que atribuir el recurso a los siglos premodernos para buscar las «raíces», o la fase constitutiva de identidades nacionales, regionales o locales. En polémica con el universalismo dieciochesco y con el internacionalismo del siglo xx (buscado tanto en el capitalismo avanzado como en el llamado socialismo real), nacionalismos grandes y pequeños, correspondientes a culturas consolidadas o reinventados para la reivindicación política, encuentran en la Edad Media «imaginada» (fraccionada y confusa, que ha dejado de ser romana y aún no está encuadrada en los grandes estados modernos) el espacio ideal para colocar tradiciones especiales, míticos orígenes, anticipos de identidades étnicas, nacionales o incluso sólo regionales. Son aspectos sobre los que volveremos más tarde, cuando afrontemos el tema de los orígenes europeos.

Tenemos pues que constatar que la Edad Media de la actual cultura común debe muy poco a las investigaciones de los historiadores, y responde en cambio a exigencias tenaces de la psicología colectiva, confirmadas y alimentadas de varios modos por la gran información (pensemos en los titulares de los periódicos, en los que se definen como «medievales» los comportamientos retrógrados, «medievales» las prácticas mágicas, «medievales» las formas más extremas de opresión pero también los comportamientos caballerosos). Es una Edad Media esencialmente de los siglos xiv y xv (una Edad Media «final», en consecuencia), oscura o resplandeciente según la orientación ideológica de quien lo evoca, teatro de héroes míticos, dinastías ambiciosas y pueblos oprimidos. La investigación histórica del siglo xx a duras penas puede oponerse a nociones que se han forjado en siglos, acompañando continuamente la formación de la misma idea de Edad Media.